

CAPÍTULO III

Efectos de la revolucion que se palpan. — Herencia funesta dejada por la metrópoli. — Opiniones exageradas. — Los primeros golpes. — El gobierno apoyando el principio revolucionario. — Generacion materialista que se levanta. — Las academias. — Una reflexion. — Malestar social. — ¿Cuál será el remedio necesario?

Esos cambios violentos que nuestro siglo ha visto repetir sin cesar y que producen trasformaciones instantáneas de reinos, imperios y repúblicas, no expresan siempre la voluntad de los pueblos que los sufren. Ordinariamente podria considerárseles mas bien como la terrible explosion de las pasiones violentas de algunos, robustecida por la ignorancia y por los bastardos intereses de muchos. De aquí proviene que los efectos que producen en la sociedad que los experimenta, no son siempre de igual naturaleza, sino tan diversos como los gérmenes de donde nacen. Cuando vemos á la América lanzarse en la revolucion, romper los vínculos que la ligaban á su metrópoli, revocar las antiguas leyes y dictar otras nuevas, organizar ejércitos para sostener el imperio de constituciones dictadas por los mismos ciuda-

danos, abrir sus puertos á todas las naciones del globo y asumir, en fin, la aptitud noble é independiente de Estado soberano, nos parece ver reproducirse en los tiempos modernos alguno de esos majestuosos cuadros que nos ofrecen la historia de Roma y la de Grecia. Mas examinando de cerca el giro de los acontecimientos y las ideas de los hombres que en ellos intervienen, vemos que desaparecen todas aquellas ilusiones hermosas, y nada encontramos que contemplar fuera del egoísmo y de la ambicion de los que se presentan como héroes, y de las miserias y las desgracias de los pueblos que estos sacrifican como precio de su elevacion. Esa guerra fratricida que riega con sangre el suelo mas bello de la tierra y mantiene en perpetuo choque los individuos de una misma familia; ese cambio diario en el personal de los que administran los poderes de los Estados; esas subdivisiones de territorios que hacen aparecer de continuo nuevas repúblicas, tan faltas de elementos para gobernarse como sobradas de gérmenes que en su mismo seno trabajan por su ruina, ¿qué indican sino graves enfermedades sociales que devoran un pueblo que pudiera ser grande entre las naciones poderosas? Desde el cabo de Hornos hasta el golfo de Méjico, y desde las playas del Pacifico hasta las que bañan las aguas del Atlántico, los principios que se proclamaron con la independencia fueron unos mismos. Sin embargo, vemos que el giro dado á los negocios en cada uno de los Estados que la revolucion hizo nacer, ha sido muy diverso, no habiendo de comun entre todos sino desgracias, despotismo y miserias sin cuento que pesan sobre todos ellos.

El Brasil ha sido entre los Estados de Sud América el que ha sostenido una marcha mas firme y regular, merced á la forma de gobierno que eligió al proclamar su independencía de la corona de Portugal. No podemos decir, sin embargo, que su marcha ha sido siempre igual ni que su política ha estado del todo exenta de trastornos, porque los tumultos republicanos de Pernambuco y Rio Grande manifiestan lo contrario. Lo que sí es cierto que su sistema de gobierno lo ha alejado de los peligros en que naufragan los Estados sus vecinos, y revestido á la autoridad del prestigio de que carece en aquellos. Pero, se palpan en el Brasil profundas heridas que le infirió la revolucion; profundas heridas, repetimos, que le acarrearán la muerte si no se le aplican á tiempo las medicinas necesarias. No somos ilusos al expresarnos de este modo : ese odio á la ley, ese desprecio á la autoridad que se advierte fácilmente en la juventud; esa licencia que corrompe las costumbres y esa falta casi general de principios religiosos, efectos son de los graves trastornos que ha sufrido el país, y males que exigen una prolija curacion.

Cual herencia funesta recibió de la Corte de Lisboa el nuevo imperio del Brasil las opiniones regalistas mas exageradas: Se quiso investir á los nuevos soberanos con los privilegios personales acordados por los Papas á los piadosos monarcas lusitanos; como si las concesiones hechas á esa fe viva de los que miraban como la primera y la mas brillante de sus glorias propagar en Asia, Africa y América la religion católica romana, pudieran transmittirse como herencia, y mucho ménos á los que están

distantes de ostentar la ardiente piedad de sus mayores. Y no el amor á la Iglesia, no el celo puro por vigilar sus derechos sacrosantos era quien estimulaba á los regalistas del nuevo imperio á pretender para sus monarcas la augusta investidura de « patronos. » Si así hubiera sido, los sucesos tan ruidosos como desagradables que colocaron al Brasil á los bordes del cisma, no habrían tenido lugar y se hubiera evitado el grave escándalo que con tales hechos presenció el mundo católico.

El gobierno pretendió para sí como incuestionable el derecho de presentar los obispos; pretendió obligar á la Santa Sede á que diese la institucion á los individuos que le presentase, sin concederle ni aun facultad para rechazar á los que no fuesen encontrados idóneos para el sagrado cargo pastoral; obligó á los obispos á instituir en las prebendas sugetos inhábiles por el derecho y concedió abierta proteccion á innovadores que con escándalo general pretendian violar la disciplina de la Iglesia. En todo esto procedia el gobierno en armonía con las doctrinas exageradas de los juriseconsultos portugueses que peor nota dejaron en orden á los principios de su fe.

Recios golpes recibia la Iglesia en el Brasil mientras el gabinete de Rio Janeiro se agitaba por hacer prevalecer aquellas opiniones. El gobierno admitia recursos contra la autoridad de los obispos; daba disposiciones para coartar á estos en el ejercicio de su jurisdiccion; se apropiaba bienes de la Iglesia y, lo que es aun mas funesto, legislaba sobre el clero, sobre los claustros y sobre los seminarios eclesiásticos.

Semejante conducta es la apología mas completa que

pueden recibir los principios revolucionarios que los demagogos predicán en el Brasil. Un poder que no respeta las atribuciones de otro reconocido por la conciencia del pueblo, niega de hecho el principio de su propia autoridad. La conciencia que manda á cada individuo respetar al que gobierna, impone también á este la obligación de respetar á su vez otra autoridad que no deriva su poder del pueblo, ni de la voluntad de algun hombre, sino del que reina sobre los cielos y los hombres. Así es que luchar los gobiernos contra el poder de la Iglesia ó rebelarse contra sus leyes, equivale á autorizar á los mismos pueblos para que contradigan las disposiciones de sus magistrados y provoquen la revolucion y el desórden social. Aquellos á quienes, ó los títulos de sus antepasados, ó la rueda de la fortuna colocaron al frente de los Estados, no deben olvidar jamas que todo es reciproco en la sociedad y que si sobre los que están llamados á obedecer pesan obligaciones sagradas que los ligan á sus gobernantes, á estos estrechan también otros vínculos todavía mas fuertes que los someten á conformar con la justicia sus propios actos para conservar su autoridad. Jamas sostendremos que la rebelion es justa; pero si diremos con franqueza, que todo gobierno invasor de la autoridad ajena no puede estar seguro de la propia. Ya el gobierno brasileño palpa las perniciosas consecuencias de sus avances contra la Iglesia. Por todas partes se levanta una juventud altanera que públicamente declama contra la autoridad, contra la monarquía y contra todo lo que lleva en sí el sello de la ley, enseñando á su vez de palabra y de obra la anarquía, la demagogia y el socialismo.

Un príncipe á quien concedió la Providencia bella índole y claro entendimiento, apenas tomó las riendas del imperio cuando trató de reparar los agravios que la Iglesia habia recibido durante su menor edad. Si no ha hecho todavía cuanto es necesario hacer, cúlpele á las leyes vigentes del imperio, cuya reforma no es obra de un día, mas bien que á su falta de voluntad de dar á la Iglesia la libertad que de justicia le es debida.

Aquella revolucion que introducía en las Iglesias del Brasil el poder supremo del Estado, acarrea no solamente el desórden y la confusion que se experimentan en tales casos, sino también el gérmen de otros males cuyos frutos se habian de recoger mas tarde. Las opiniones erróneas del gobierno tenían sus partidarios y no solo entre los seculares, sino aun entre los mismos eclesiásticos, ¡tantos son los elementos de que el poder dispone para formarse partidarios, por mala que sea la causa que defienda! El gobierno colocó al frente de las escuelas y á la cabeza de las academias de derecho hombres de su devocion, y la juventud estudiosa, imbuida en tales principios, no tardó en presentar una falange de exaltados regalistas. Las publicaciones hechas sobre materias de derecho canónico por algunos de aquellos profesores, habrian sido motivo suficiente para suspenderles de la enseñanza en cualquier país católico. Ataques al celibato clerical, ataques á la autoridad del romano Pontífice, ataques á los institutos religiosos han salido de la academia de San Pablo, escritos por sus mismos profesores, y todo lo ha disimulado el gobierno, manifestando con su tolerancia que si no aprobaba al ménos

simpatizaba con tales ideas. Verdad es que tales producciones ningun eco pueden tener entre personas de alguna instruccion, porque se manifiesta en aquellas que sus autores carecen de conocimientos en las materias que tratan; porque son faltas de lógica en sus racionios y porque su juicio está formado sobre el de otros escritores que han sido ya impugnados victoriosamente. Mas como en los que cursan las academias no es comun encontrar el caudal de luces suficiente para que puedan formar juicio cabal sobre materias que oyen por primera vez, resulta que los entendimientos de los jóvenes se extravían, á no ser que por otro camino reciban luces que les pongan en guardia contra las sugerencias del error.

Esa ilustracion superficial que enorgullece sin instruir y trastorna á los que poseen una inteligencia limitada, es la que generalmente se recibe en los liceos y en las academias del Estado. En todas estas se encuentran grandes proyectos de enseñanza, vastisimos programas de las materias que abraza cada curso, y verdadera profusion en los ramos que contiene el plan de estudios. Mas los conocimientos sólidos, los sanos principios de la ciencia de que se trata, no tienen cabida en aquellos programas sino de una manera superficial é imperfecta. Por eso no se introducen en el Brasil sino obritas de pasatiempo; científicas y de controversia ninguna, como no sea por encargo, y muy pocas de doctrina. Pero lo que mas lamentable encontramos todavía, es el abandono en que se deja el estudio de la religion. Los que pretenden reglamentar la instruccion pública en los Estados de América, bajo el mismo plan que lo está en

los colegios nacionales de Francia, al suprimir el estudio de la religion han olvidado que en Francia hay diversidad de cultos reconocidos y pagados por la nacion, que cada uno de ellos tiene sus escuelas y colegios preparatorios, y que así en estos como en aquellas estudian previamente los alumnos con el debido esmero los principios de la religion á que pertenecen. No sucede así en el Brasil, donde se han hecho innovaciones en el sistema de instruccion pública procurando darle una *forma francesa*, y sin conseguirlo se ha privado á la juventud de la instruccion mas necesaria y que mas ha de influir en su porvenir. Nada extraño parece pues que de los liceos y academias salga anualmente un número considerable de jóvenes sin fe y sin moralidad y que estos por sus costumbres y por sus ideas sean el gusano que roe y devora poco á poco á la nacion. Con ellos se forma la generacion materialista que cunde hoy en el Brasil y que nada percibe sino lo material, de nada entiende sino de intereses materiales, ni nada existe digno de sus afanes sino lo que tenga relacion con la tierra y sus sentidos palpen fácilmente.

Cuatro son las academias destinadas en el Brasil á servir como de cuatro grandes focos que propaguen las luces por todo el imperio. En Pernambuco y en San Pablo se enseña la jurisprudencia, las ciencias médicas en Bahía y las matemáticas en Río Janeiro. Ninguna universidad existe en el imperio, ni jamas la ha habido y esto recomienda muy poco ciertamente la solicitud de los reyes de Portugal por el progreso intelectual de sus vasallos de América. Una reflexion se nos ofreció muchas veces

cuando visitábamos el Brasil. Mientras los reyes Católicos multiplicaban en sus colonias de América los establecimientos de beneficencia, fundaban siete universidades y muchos observatorios y colegios con liberalidad verdaderamente régia, los de Portugal, poseedores de un territorio vasto y riquísimo, ninguno establecieron para cultivar las ciencias, y en la fundación de otros establecimientos que instituyeron en beneficio de sus gobernados, no se mostraron grandes ni liberales.

Fácilmente se percibe que el orden social sufra inmensamente recogiendo los resultados de aquel sistema vicioso de instrucción. No necesitamos demorarnos mucho para hacerlo conocer; la sociedad se queja de que en los contratos frecuentemente se advierte la mala fe con perjuicio de la moral pública y de los mismos contratantes; la sociedad se queja de que los casos de venalidad se multiplican entre los empleados, y no ya solo entre subalternos, sino aun entre aquellos á quienes su categoría misma debería poner freno, cuando les faltase la conciencia del deber; la sociedad lamenta esa sed rabiosa de bienes materiales que aqueja á los individuos en general, pero sin que baste su misma codicia para estimularles al trabajo, siendo las usurpaciones, los robos y las intrigas mas viles las consecuencias de un proceder tan irregular. Todo esto y mucho mas lamenta la parte sana de la sociedad.

Cuando el entendimiento se detiene para meditar sobre este triste cuadro donde se ven agrupadas tantas miserias, se pregunta á sí mismo cuál sería la medicina mas eficaz para curar una sociedad trabajada desde

tanto tiempo atras por males tan enormes. Las buenas leyes pueden influir en la moral pública, la severa inflexibilidad de los magistrados para hacerlas ejecutar corrige los abusos; pero esto no es suficiente para curar una sociedad enferma cuyos resortes están gastados. Se necesita en este caso descender á buscar la raíz de los males y curar allí la causa de estos. El elemento religioso es el único que puede sanar al hombre de sus males morales. Los legisladores en cuyas manos colocan los pueblos el sumo poder, á fin de que lo empleen en hacerlos felices, deben aplicarse con especial cuidado á propagar los principios religiosos entre los individuos de todas las clases. Sin este elemento, los otros que están en manos del congreso serán inútiles, y su aplicación no producirá mas efecto que el que causaría un ligero refrigerante administrado al enfermo devorado por intensísima fiebre. Sin embargo, muchos diputados están distantes de coincidir con esta manera de pensar. He tenido ocasion de oír las opiniones de algunos miembros del parlamento á este respecto, he leído los escritos de otros y desconfío mucho que la mayoría del cuerpo legislativo participe de aquellas convicciones que son hoy las de los políticos mas profundos é ilustrados. Llenos algunos de aquellos de ideas quiméricas, preocupados por doctrinas peligrosas en política y empapados en la filosofía irreligiosa del siglo diez y ocho, á su modo de ver el Brasil no será feliz mientras en él no se sancione la mas ilimitada libertad, tanto política como religiosa; ¡como si algun Estado pudiera constituirse y ser feliz sino fundado sobre bases sólidas, y

como si pudieran considerarse jamas como tales los principios que disuelven todo vínculo social! Mientras que preocupaciones tan absurdas influyan en el espíritu de los que han sido elegidos para dirigir la marcha de la patria, no puede esta prometerse medidas que le aseguren orden y felicidad. Cuando los pueblos americanos hayan abierto sus ojos y comprendido que todos sus males son fruto de las preocupaciones absurdas y de la inexperiencia de los hombres que se apoderaron de sus destinos; cuando conozcan, decimos, que las infinitas desgracias que sufren, consecuencia son de la falta de conciencia religiosa en los que dirigian su marcha, mas bien que de insubordinacion de parte de los que debian obedecer, entónces veremos que esos mismos pueblos indignados se levantan para alejar á los incrédulos y á los filósofos ateos de los puestos desde donde puedan influir en los destinos de su patria.



CAPÍTULO IV

Efectos de la revolucion sobre el clero. — Obispos sin libertad. — Sin la accion necesaria sobre sus dependientes. — Sin medios para dar la educacion conveniente. — Esfuerzos de algunos obispos. — Ideas del ministro de justicia en órden á la educacion del clero. — Esqueletos de comunidades religiosas. — Lo que fueron los monjes en el Brasil y lo que hoy son. — Impresion recibida en San Bernardo. — Misiones de los capuchinos en el Amazonas. — Los jesuítas en Rio Grande. — ¿Quién es la víctima del desórden? — Mezcla de religion y de supersticion. — Fiesta del Espíritu Santo. — Templos profanados.

En Estados donde las instituciones no están cimentadas, donde las leyes imperan sobre las acciones de los ciudadanos, mas bien por temor que por conviccion, y donde la conciencia del pueblo no profesa la veneracion profunda debida á los principios sobre que descansan las sociedades humanas, la revolucion equivale á minarlas y los trastornos políticos importan su disolucion. Los utopistas de nuestro siglo, proclamando la revolucion como necesaria para la regeneracion que segun ellos necesita el linaje humano, han procedido de una manera lógica con sus principios; porque, en efecto, los que sostienen como posible la existencia de una sociedad sin